

co *La Batalla*, no había dicho palabra de la obra, limitándose á encogerse de hombros sobre las cuartillas, y el señor Fiscowich, empresario del teatro, le agradecía el silencio y le enviaba en cambio un palco principal. Estaba allí, en el número 7, esperando la segunda sesión de risa, cuando apareció Pitusa con su madre de luto, en el pasillo de los palcos.

Al pasar frente al número 7, aprovechó Manolo la ocasión para abrir la puerta de su palco, y dándose de manos á boca con Pitusa le preguntó dónde vivía. Ella le miró de hito en hito, un minuto no más, con reconcentrada cólera en los ojos; frunció el ceño, y sin dignarse contestarle, ni siquiera volver la cabeza, entró en el palco número 11, cerrando la puerta con natural majestad de señora ofendida. Vuelto á su asiento, recobró él la calma que perdiera. Ya estaba tranquilo, al parecer, de codos sobre el rojo antepecho; y en seguida, aprovechando un instante de silencio, le dijo de palco á palco, en voz que pudiera ser oído:

— No se ponga usted tantos moños, y dígame dónde vive... ¡señora!

Del fondo del teatro salió un murmullo de estupefacción, que fué á elevarse, como incienso del escándalo, á los pies del trono de Pitusa. Es-

taba muy pálida, apretando convulsamente el varillaje del abanico, y de repente abrió la puerta del palco y salió al pasillo. Él, llevado del instinto, acudió presuroso á aquella cita imprevista.

— Mañana, á las cuatro de la tarde, Moya, 20, tercero.

Y luego, con gesto violento, aunque reprimido:

— Y no me arme usted escalanderas en el teatro... ¡caballero!

Algunos espectadores miraron, ansiosos de averiguar lo que ocurría. Pero no había pasado nada... Momentos después estaba ella recostada en su palco, con el airecillo aquel tan suyo de señorita distinguida; él, de codos en el rojo antepecho, parecía muy atento al desarrollo del sainete, mientras seguía flotando en el teatro una atmósfera de risa.

La entrevista, al otro día, fué muy decente. Hablaron del sainete, de la exposición de horticultura, del próximo veraneo... Pitusa, que sabía algo de literatura, porque tuvo un novio poeta que la aburría leyéndole cincuenta veces al día cada una de sus rimas, trató á Calderón y á Zorrilla con muchísima confianza, como si hubiera dormido con ellos, y elogió *La Terre*, que hacía ruido aquellos días, diciendo que la censurada descripción de los flatos de los labriegos le hacía

muchísima gracia, porque de puro bien trazada era cosa de creer que Zola había pasado su vida oyendo y estudiando dentro de un flato, y que ella aseguraba por su honor que éstos eran los únicos que le habían olido bien. ¡Qué risa!... y se desabrochaba el corpiño para reírse á gusto.

Mejor que en hablar, diríase que empleaban el tiempo en estudiarse. En el vario curso de la conversación, Pitusa se reveló, sin querer, tal cual era : soberbia, caprichosa, deseando hacer algo que fuese muy sonado : una muerte, cualquier cosa que llamara la atención de la vida madrileña.

Se citaron para la noche á la salida de Eslava, y se dieron el primer beso en Fornos, á la una de la mañana, entre sorbos de vino Sauterne. Á la hora de las confidencias se desnudaron moralmente, parando tales como Dios los hizo, en desnudez paradisiaca, pero sin hoja de parra. Bastante más ruborosos estuvieron luego. Libres de las vestiduras, sintieron miedo... de ellos mismos, y se miraron sorprendidos estudiándose en un minuto, como fieras lanzadas repentinamente al circo, que se atisban con espanto y meditan un momento sobre el modo más certero de herirse. Estaban borrachos de vino, de amor y de odio. Las tres serían cuando Manolo dejó sobre

un velador un billete de banco. Habíalo sacado lentamente de la cartera, con poca gana de sacarlo, no por avaricia, sino por vanidad amorosa, mientras Pitusa, vencida por el vino y quebrantada por el amor, decía que no, moviendo la cabeza. ¡No y no! Aquel billete era un insulto, « una atrocidad » de Manolo. Ella no quería su dinero ; lo quería á él, al altrevido que la acorraló en el teatro ; y le quería más que á todo en el mundo, más, mucho más que á sí misma... y se quedó dormida y convulsa por el último beso...

En su casa, Manolo no pudo dormir ; meditó friamente... y, apenas hecho el día, escribió á Pitusa una carta de despedida, — porque le daban miedo aquellas relaciones, aunque sin confesar que lo sentía, — diciéndole, entre otras cosas, que era él muy pobre para una belleza tan rica, y remitiéndole el billete.

« Á nadie le amarga un dulce, añadía en la carta, y sólo estando borracha, como lo estabas anoche, se puede hacer ascos á un billete de banco. »

La contestación no se hizo esperar : originalísima, insidiosa, suplicante, llamaba á Manolo con arrullos de tórtola. Y le decía :

« Puesto que me tomas como un mueble que se compra y se vende, te advierto que *por ser á ti,*

también admito á plazos cuando no se puede al contado.»

Y Manolo cayó en brazos de Pitusa por amor y también por vanidad. Amáronse desde entonces en todas partes, al aire libre, delante del público. Ella no quería el amor al uso, entre cortinas, amor que le sabía á puchero de enfermo... Ella quería el amor á salto de mata, de improviso y al descuido, abandonándose con desfallecimiento de casta doncella... Una noche le obligó á acompañarla á casa del marqués de Casabón, y allí, reclinada en la puerta, quiso abrazarle. Él se resistía... pero ella insistió, frenética, temblorosa de impaciencia... y cayó Manolo vencido por el descocado abrazo, mientras el marqués, arellanado en una butaca, esperaba la hora de posar sus labios seniles sobre las flores del amor ajadas y marchitas á las puertas de su opulenta morada. Eso la divertía. ¡El buen Casabón!... ¿qué se habría figurado? Sí, ella sabía bien la historia de aquel pobre diablo metido á marqués. Todavía le olía á cuadra, aunque era ya remota la fecha en que dejó de ser criado de servir en Cataluña, y todavía le olía á cuerno quemado, aunque era también remota la fecha en que sorprendió en adulterio á su buena esposa. ¡Uf! Le apestaba aquel marqués que no podía despojarse de las

trazas de villano ni de sus apéndices de buey cebón, y, no queriendo ser menos que su esposa, le recocijaba grandemente la idea de prolongarle la predestinación...

Llegó el mes de julio, sudoroso, maleante. Habíase posesionado Pitusa de la hermosa casa que habitaba Manolo, al final de la calle de Alcalá, con vista al Retiro. Corría como loca por los anchurosos pasillos, canturreando playeras cuando no trozos de ópera clásica, presentándose de improviso en distintos trajes y con diferentes maneras, ya ataviada al igual de circunspecta dama que vuelve de misa con el ritual en la mano, ya como airosa chula, terciado el mantón de Manila y con el « quiquiriquí » de la peineta en el moño alto. Y entre tanto preparaba la excursión de verano, excursión bohema, en segunda clase del tren de recreo.

La mañana del viaje, Pitusa tenía cara de colegiala que se escapa con su estudiante y de niña *zangolotina* que no ha roto en su vida un plato. Estaba más alegre que unas pascuas, pegada á Manolo, con la merienda debajo del brazo, y entre risas y bromas, cambiando miradas y alientos, hicieron el viaje arrastrados por un tren carreta á través de campos floridos.

Estos regodeos de verano, á la intemperie, fue-

ron también en San Sebastián la comidilla diaria de Manolo y Pitusa. Diríase que les infundía miedo el hogar, que las paredes profanaban el secreto de su pasión. Colgaban el nido en lo alto del monte de Santa Clara, entre rocas, sobre plantas silvestres, al regresar de una excursión de *turistas*. Eligieron su lecho favorito debajo de un toldo que formaba la roca viva en las márgenes del Urumea. Él se tendía boca arriba para verle la cara al mismo tiempo que veía el cielo, figurándose á veces que éste era el marco azul de su cabecita fina y rubia como las de los ángeles que pinta la Iglesia...

De vuelta de San Sebastián, se sintieron, sin saber por qué, mustíos y cansados. Empezaba á soplar el cierzo sobre las llanuras de Castilla, y no viajaban ya en segunda clase del tren-botijo, sino en primera del expreso, experimentando escalofríos en el cuerpo, y en el espíritu presagios de una próxima ruptura. El campo no estaba ya cargado de frutas y aromas, y amarilleaba melancólicamente el otoño en las hojas de las flores y en el fondo de las pasiones de verano...

La ruptura en Madrid no se hizo esperar, violenta, decisiva, caída de lo alto como rayo de tempestad. No importa el motivo; tal vez no lo hubo para reñir. La lucha sorda que existía entre

temperamentos que eran igualmente rebeldes y estaban igualmente hastiados tuvo al fin su estallido. Leyéronse de nuevo, como la primera noche de amores, estudiándose al igual de fieras luchadoras en el circo. Él, iracundo y brutal, dejó caer sobre ella un puño frenético... Y ella, abrazándose á él con abrazo de víbora, le mordió sobre el corazón... Saltó la sangre, y Manolo creyó ver en el fondo de la herida los ojos de Pitusa semejantes á dos coágulos violáceos. No hubo más entre los dos... La caída de un puño airado los separó para siempre.

Noches después llegaba Manolo con el pesado fardo de su maleta, menos pesado que el de su vida, al ferrocarril de Andalucía. El tren salió lentamente, dando traspiés, entre silbos de herido que se desmaya y llora. Manolo bajó el cristal del coche y se asomó á la ventanilla para respirar libremente. Sí, se ahogaba de tristeza, de amargura, de remordimiento por dejar cuanto amaba en el mundo. *¡Adiós Madrid!*... Al volverse para aspirar en la ciudad de sus recuerdos, borrosa ya en la lejanía, el dorado polvo de su juventud marchita, vió asomada á la ventanilla del vagón contiguo al suyo la cabecita de Pitusa, muy pálida, pero tranquila. Mudos, impasibles, se reconocieron, como en el callejón de Eslava,

á los resplandores de la luz del farol de la estación. Él, vencido por un momento de desesperación insoluble, volvía al terruño, cayendo indefenso entre las ventosas del pulpo, que le atraía desde Majagua. Ella... ¿quién sabe dónde iba ella?...

## IV

El vapor *Victoria*, vistosa y profusamente engalanado, acababa de fondear en el puerto de Majagua, llevando al nuevo gobernador. Es decir, como nuevo, otros lo estarían más que aquel pobre diablo, herido ya por la puntilla de la parálisis, y abrumado por su misión de moralizador de la administración majagüeña. De sólo pensar en ello, sentía temblores en las pantorrillas, aunque las tenía algo paralizadas.

Se ponderaba mucho la virilidad del gobernador sin piernas, que ni para correr habría servido en caso de apuro. No se sabía á punto fijo qué cosas viriles había hecho, si jamás hizo alguna, en su « combatida existencia »; pero... todo el mundo aseguraba que era un bravo general. (¡Un bravo general! — y puesto en décimas y en danza ya lo bailaban en Majagua las negras y mulatas.)

Según se decía, el general estuvo en Somorros-

tro, oyendo tranquilamente (desde la caseta de un peón caminero) cómo silbaban las balas alrededor suyo (es decir, al rededor de la caseta), y estuvo también en la Castellana... tomando el sol. Había desempeñado la cartera de guerra... en tiempo de paz, y era indudablemente un héroe, « digno hijo de la ilustre raza de los caudillos que en Bailén, Pavía, etcétera, ETCÉTERA ».

Algunos periódicos recordaban, á este propósito, la famosa cueva de Covadonga, y hablaban de Pelayo, Daoíz y Velarde, etcétera, ETCÉTERA, sacando á relucir las consabidas frases « adarga al brazo », « espada al cinto », « duro peto », « descendientes del Cid », y los beneficios que había hecho en Majagua la religión católica, apostólica y romana. Otro periódico hizo más, mucho más, con publicar un « editorial » que metió ruido por titularlo así: *¡Centinela alertaaaa!... ¡Que nosotros alerta estamos!*

Cada uno de los párrafos del artículo (grandilocuente, le llamaron en los cafés) empezaba diciendo: « *¡Centinela alertaaaa!...* » Y el final, á modo de estribillo, era siempre el mismo: « *¡Que nosotros alerta estamos!* » Aquel alerta, con cuatro aes, fué felicitado calurosamente por telégrafo, y el autor del editorial grandilocuente tuvo derecho á pavonearse en el café de la Bom-

ba, alta la frente, recogiendo apretones de mano de sus admiradores, por cuyo espíritu circulaba un escalofrío nervioso que les ponía carne de gallina cuando gritaban á una, recordando: « ¡Que nosotros alerta estamos! »

Tendidas todas las tropas, boca abajo todo el mundo, entre repiques de campanas, redobles de tambor, toques de corneta, fuegos de cañón y acordes de marcha real, bajó el bravo general cariacontecido é inundado por chorros de sudor que al resbalar por sus mejillas apelmazaban el colorate que se daba en ellas.

— ¡Viva el moralizador de Majagua! gritó el público con voz estentórea.

Y el mismo público respondió en seguida :

— ¡Vivaaaa!... (con cuatro aes como el alerta del « editorial »).

Y el general, entre tanto, estupefacto. ¿Qué voceaban aquellas buenas gentes? ¡Moralizador él que iba resuelto á meter baza en todo, en los mismos cupones de la Deuda y en la mismísima custodia si, por casualidad, se le había olvidado á otro!... ¡Moralizador él, que llevaba de portaestandarte á la marquesa del Sambolín, su legítima esposa, luciendo en aquel momento gubernativo tamaña tripa de siete meses, á rastras con la cual había hecho tan largo viaje, ganosa de

meter mano en todas partes, el hospicio inclusive, á cuyas asiladas pensaba ya obligar á que bordaran para ella, primorosamente y gratis por supuesto, montones de ropa blanca que le regalarían, á petición del gobernador, los comerciantes de Majagua! ¡Y aquellas gentes hablaban de que él iba allí á moralizar la administración! ¡Bonitas tonterías!

Manolo sonreía... y ya iba pasándole el mal rato que le produjera un viaje de quince días en unión de un general y una marquesa, cuando vió que su familia venía hacia él agitando las manos. Á medida que se acercaba al vapor el bote que la conducía, acercábase también, saliendo del fondo de la embarcación, cadencioso ritmo de música que había sido compuesta expresamente para festejar la llegada del hijo pródigo. Manolo palideció de vergüenza, y se la tapó embozándose en la capa, aunque el termómetro señalaba cuarenta y seis grados sobre cero. Al igual de César, quería morir sin conocer á sus asesinos. Pero fué vana pretensión la suya : extendiéronse los tentáculos del pulpo y desnudáronle de la capa á fuerza de abrazos que olían á bencina, porque los amigos, ante la perspectiva de la llegada de Manolo, habían limpiado de manchas los trapos de cristianar.

Mientras ocurría esta escena de hogar, paseaba

tranquilamente el nuevo gobernador su colorete revenido por el calor, y sufría el obligado charrón de vivas, poesías bucólicas y palomas atadas con cintas que tenían los colores nacionales. No sabiendo ya qué echar en honor suyo, desde el balcón de una casa principal le tiraron unas gallinas de Guinea, que al vuelo cogió la marquesa, al mismo tiempo que dijo al oído de su esposo :

— ¡Chico, *pa* la cena!...

Doña Angustias, en brazos de su hijo, acababa de volver en sí, esto es, de la congoja que le produjo el alegrón de verle después de una ausencia que se le antojaba eterna, contemplándola por el turbio prisma de sus ojos de madre con frecuencia llenos de lágrimas. No fué á recibirle, porque sintió que le flaqueaban las piernas, aunque no era gobernador de Majagua; además, « que ya no estaba para nada ». Dejó que fuera la familia con algunos amigos y admiradores, de los cuales salió la idea de festejarle « llevándole una música » á bordo del *Victoria*, mientras ella se quedaba en casa dando la última mano al dormitorio de Manolo. Días antes había hecho componer su cama de matrimonio, dorada antaño, enmohecida ya por el orín del clima. Cuando murió el esposo, se vino abajo el suntuoso lecho,

como si el bronce se hubiera ablandado con las lágrimas de la viuda, quien se negó entonces á poner mano en el arreglo de los desperfectos del mueble, figurándose que de hacerlo así profanaba el sentimiento demostrado por los hierros, de cuyas grietas parecía á la buena señora que se exhalaba algo del aliento del hombre que fué su compañero. Pero al recibir el telegrama en que le participaba Manolo su próximo regreso, tuvo la idea de levantar aquel escombros, gozando ya de solo pensar que, después de dormirse el hijo, entraría ella á verle, como cuando era niño, andando con tiento por no despertarle, y que le vería allí, en la misma cama abonde iba él todas las mañanas alegres de su inocente infancia á decirle minosamente: « La bendición, mamita... » Acaso pensaba también que, como en aquellos mismos tiempos de grata recordación, podría aproximarse á él y darle un beso muy callado, y que el beso, flotando luego entre el mosquito, se posaría dulcemente en el espíritu del padre, vuelto del cielo algunas noches para bendecir al hijo... Y así fué que, cuando entró con el alba sin que se le oyeran los pasos en el dormitorio, asombróse mucho de ver, á través de las gasas del lecho, los ojos negros de Manolo, que no había podido cerrarlos en toda la noche pen-

sando á ratos en la buena madre á quien dejó joven y animosa y á la que encontraba tan viejecita y triste, con los ojos irisados por el llanto y los labios fruncidos por el amargor de la vida, y á ratos soñando en otros amores de su alma, enterrados en aquel Madrid, que era para él á un mismo tiempo cuna y tumba de sus alegrías todas. Queriendo sacudir el insomnio, había cambiado de postura muchas veces y cerrado otras tantas los rebeldes ojos; pero surgían del fondo de su imaginación enferma muchedumbres de sombras movibles que, á modo de gases que se escaparan de comprimido cerebro, iban de uno á otro lado, pequeñas y grandes, de tonalidades variadas, manchando la blancura de las sábanas, acurrucándose como fantasmas á los pies de la cama; y aquellas sombras tomaban cuerpo, crecían y se caracterizaban, ya en una anciana que lloraba leyendo una carta de Manolo; ora en la redacción de un periódico donde escribía él, muy pálido, al lado de sus compañeros, pálidos como él; ya, en fin, mudando repentinamente la decoración, proyectaban las sombras la perspectiva de la calle de Alcalá, en día de buen sol, durante el desfile de airosa chulería, con mantón terciado y pañuelo á la cabeza, moviéndose á compás del paso doble de la zarzuela *Cádiz*. Manolo

lo veía, sí, lo veía claramente, mientras la música, como si viniera de muy lejos, repercutía poco á poco en sus oídos, y se le ahogaba en el corazón el saludo de una de aquellas mujeres, muy conocida suya, que le había dicho al pasar por Fornos :

— ¡Adiós, tú!...

Entonces fué cuando la madre, sentándose al borde de la cama, dió al hijo el beso que deseaba tanto; beso inacabable, á solas en la sombra, aspirando en él toda una vida que consideró muerta; y luego, mirándole en un segundo por todo el tiempo que no le había visto, díjole entre lágrimas y sollozos :

— ¡Qué enfermo estás, hijo mío!...

v

Bien así como al adquirir vista un ciego de nacimiento nace nuevamente al mundo de las personas y cosas que presintió sin darles forma tangible, así Manolo, restituído al hogar que abandonó de niño, con sentimientos, ideas y costumbres distintas de las que privaban en él, como desarrolladas y mantenidas en otra atmósfera, renacía en el corazón de la familia y maravillábase de los más nimios detalles. Cuando su madre le



expresaba, enviándoselas á remota tierra, ideas y sentimientos en cariñosas páginas cuyos primores de estilo, con ser grandes, brillaban menos que las lágrimas destacadas del fondo del relato como estalactitas de manantial iluminadas por el sol, no la imaginaba, sin embargo, tal cual era, en todo el vigor del espíritu, aunque perseguida de continuo por fatalismos de impía suerte, viviendo para el sacrificio en aras del bienestar de todos, mártir y resignada, más buena y santa que las que se adoran al pie de los altares de la fe católica; ni imaginaba tampoco Manolo que aquellas diamantinas páginas fueron trazadas en medio del estruendo de bulliciosa casa, entre el ir y venir de azares y tribulaciones sin cuento. Aislábase de noche en solitario rincón, frente á rústico velador con recado de escribir, mal alumbrado todo por la luz de un quinqué; y allí, incómodamente sentada, porque sus doloridas y pesadas piernas, como decía ella, ya estaban hartas de sustentarla, sentía hondo, llorando por los puntos de la pluma, y escribía vertiginosamente con rugosa mano, en tanto que la mortecina luz destacaba en la pared el fino perfil de la pensadora fisonomía y el tupido casco de su cabellera blanca.

Una completa solidaridad en ideas y sentimien-

tos había agrandado desde los primeros días el fraternal afecto de Manolo y Adela, á quien dejó niña y volvía á ver en todo el esplendor de la juventud, que tenía en ella un no sé qué de misteriosa distinción y un perfume de romanticismo moderno. Genialidades de su temperamento, incomprendible para el vulgo de las mujeres, que no perdieron la ocasión para tildarla de extravagante, alejáronla de mundanales regocijos y la enfrascaron en la lectura de todos los libros que merecían bien del modernismo literario. Así, con el estudio y la observación, tonificáronse en ella las facultades psíquicas, y á medida que se le ensanchaba la inteligencia, empequeñecíanse á sus ojos los seres y las cosas que la rodeaban. El mundo de la rutina, panorama de hombres y mujeres que se mueven á compás como si los tirasen de un cordelito, según decía, inspiráble profundísimo desdén, del cual brotó, agria y turbia, la tristeza de su vida y el desfallecimiento de su juventud, que iba perdiendo, atrofiadas por mortal consunción del espíritu las fugitivas ondulaciones y los suavísimos contornos. Ella lo decía :

— No me cuidéis más, no me deis más medicinas. Los médicos me ven la cara y me toman el pulso, pero no me ven el alma ni me sienten